

Prisionera de mi nombre

Maruja siempre había sentido rechazo hacia su nombre. Lo consideraba anticuado e innecesariamente extraño. Le molestaba tener que acabar siempre deletreándolo por la incapacidad de los desconocidos de escribirlo correctamente.

Cada vez que se lo había reprochado a su madre, esta le contestaba que debía enorgullecerse de rememorar a aquella artista tan revolucionaria y adelantada a su tiempo. Aun habiéndolo intentado encarecidamente en diferentes ocasiones, Maruja era incapaz de hallar aquello que su madre encontraba tan fascinante de sus obras. A ella estas solo le parecían sobrias e incluso, hasta cierto punto, inquietantes.

Pero quién le hubiera dicho a ella que a sus 27 años tendría que dedicar sus noches de fin de semana a vigilar las obras de un museo pertenecientes a la artista con su mismo nombre. Estaba bastante segura de que el puesto lo había conseguido por esta misma razón, pues los comentarios de la directora acerca de su adecuación al puesto durante la entrevista fueron bastante poco sutiles. Esto no era algo que precisamente le agradara; pero, tras meses de una ardua busca de trabajo sin resultado, decidió por lo menos mirar el lado positivo de su peculiar nombre, gracias al cual había conseguido ganarse la vida.

Ya llevaba un mes trabajando para el museo, siempre con la misma rutina y lo que parecía otro sábado que continuaba con esta monotonía rápidamente demostró no serlo. Eran las cuatro y media de la madrugada y Maruja sentía cómo se estaba quedando dormida, así que, como de costumbre, decidió salir de la sala de vigilancia para dar una vuelta y despejarse. Al principio nada llamó su atención hasta que se percató de una mancha en uno de los cuadros que no le parecía haber visto con anterioridad. Estaba convencida de que antes no estaba ahí, por lo que decidió iluminarla con su linterna para asegurarse de que sus ojos no la engañaban, pero lo que alumbró la dejó petrificada.

La mancha no formaba parte de la pintura, sino que era el cristal el que había sido salpicado, salpicado con sangre. Después de dejar escapar un grito ahogado, Maruja miró a su alrededor, donde descubrió el cadáver de la señora de la limpieza y las puertas bloqueadas. En ese momento lo aceptó. Las mismas obras de la autora de la cual recibía el nombre ahora iban a ver su final, pues estaba encerrada con un asesino.